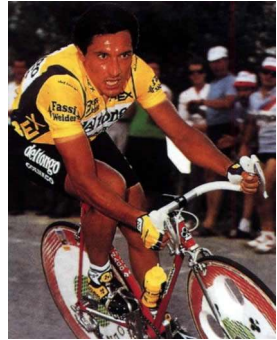


# Ocaso y renacimiento del Giro de Italia

"El 'pucherazo' está servido". De esta elocuente manera se anunciaba en una revista especializada el recorrido del Giro de Italia de 1985. Por "pucherazo" se entendía lo que suponía un recorrido desangelado, pocas figuras internacionales, llegadas en montañas de 2000 metros donde la meta se colocaba a 1200 metros, multitud de bonificaciones, contrarrelojs, en definitiva, ausencia de grandes montañas y por lo tanto, ausencia de momentos épicos. Entonces ¿cómo introducir esos años del Giro dentro de esta sección de LaVidak?



Giuseppe "Beppe" Saronni.

Periodizando un poco, tenemos que decir que esos eran los años donde los capos Giuseppe Saronni y Francesco Moser copaban las páginas centrales de la Gazzetta dello Sport. El Giro se había convertido en una broma. El Giro estaba perdiendo a pasos agigantados la supremacía sobre la Vuelta a España como segunda gran ronda por etapas. Se consumía en un tuya-mía más propio de la cossa nostra italiana que de una gran vuelta. (Aquí habría que remarcar que esta condición de la cossa nostra todavía continúa tristemente, llámese Simoni versus Garzelli). Realizado este inciso, baste recordar que tanto "Beppe" Saronni como "Cecco" Moser ya habían ganado previamente varias grandes pruebas que se amoldaban a su condición atlética.

El primero un Giro, un mundial y algunas clásicas. Saronni era un corredor atípico, corto de piernas, cuerpo de sprinter, acabó sus días como ciclista a finales de los 80 siendo un corredor inflado con el perímetro de sus muslos más grandes que cualquier aficionado al ciclismo pueda recordar.

Moser era más estilizado. Vencedor en varias ocasiones de la París-Roubaix y consumado contrarrelojista había batido un años antes el record de la hora sometiéndose a un 'lifting' corporal innovador para la época. Su imagen con la bicicleta 'cabra' y el gorrito de nadador es ya una de las imágenes que separan la época moderna de una antigua. Viéndolo desde el presente, ¿acaso esa imagen no supone una forma moderna de antigüedad?

Pues sí, los recorridos de esos Giros se hacían en función de ese tipo de corredores. Por aquel año ya empezaba a despuntar un joven talento llamado Moreno Argentin. La otra gran esperanza italiana estaba encarnada en el guaperas Roberto Visentini, a la sazón vencedor del Giro de 1986.

Un par de años antes, en 1984, el Giro de Italia vivió una de las situaciones más ridículas cuando en la última contrarreloj se jugaban la maglia rosa Francesco Moser y un nuevo talento llamado Laurent Fignon. Fignon portaba la maglia por escaso margen. Se comentaba que un helicóptero de la RAI volaba justo delante del francés, mientras otro helicóptero volaba justo detrás del italiano. Ese Giro lo ganó este último haciendo del "pucherazo" el signo definitivo de la gran vuelta transalpina.

Unos años más tarde, en 1985, en medio de un recorrido descafeinado a más no poder, en medio del declive anunciado del longevo Moser, en medio del tedio soporífero sprint va sprint viene, nada especial sucedió. Ningún momento épico, rien de rien. El gran Bernard Hinault ganaba su tercer giro con la calculadora en mano sobre Moser. Todo contrarreloj, nada de montaña. Un papel destacado en las pocas subidas que había de un Marino Lejarreta al comienzo de su corto periplo italiano en el Alfa Lum (una pena que el 'Junco de Berriz' emigrara a Italia en esa época de desidia deportiva) y poco más que añadir.

Este patético Giro supondría el límite de lo aburrido en ciclismo, el timo deportivo, la autocomplacencia y el descaro. Equipos de poca monta con no menos que diez marcas anunciadoras en los maillots (los observadores especializados en viajar en el tiempo a través de marcas, productos y logotipos obtendrán en esos maillots del pasado despojos arqueológicos donde excavar e investigar), reliquias del pasado en forma de nombres: Gianbattista Baronchelli, Tommy Prim, Del tongo-Colnago, Atala.

Un año después el Giro seguía soso y no había quién le suministrara una dosis de sustancia nerviosa. Un año, 1986, y Visentini al copo. Este ciclista vivió de y para la corsa rosa. Nunca volvió a hacer nada reseñable.

Llegados a 1987 es preciso hacer un alto en esta historia abreviada para comentar unos de los mayores disparates jamás concebidos: Una crono-bajada.

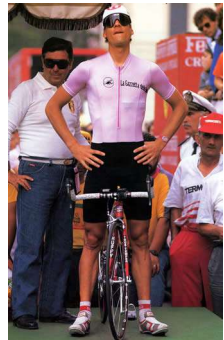
Esta idea funky resumía el espíritu del momento. La época no estaba en las grandes cumbres, sino en las encerronas que se montaban en los sprints, con sus montoneras de medio pelotón, espectáculos de gymkhana y malabarismo en busca de una porción de segundos bonificados. Vincenzo Torriani, el hombre fuerte en la organización, tuvo esa genial idea de montar una crono-bajada en la primera o segunda etapa. Pero no una bajada de un puerto cualquiera, no. Se trataba del Poggio di San Remo. Ese puerto minúsculo que se convierte cada año en juez y parte de la "classicísima" Milán-San Remo. Un col de tercera para calibrar las funciones nerviosas del pelotón. Una especie de prologo acelerado con escasísimas diferencias en la meta. Que uno recuerde, la única prueba de ese tipo, es decir, una crono-bajada, solamente

se realiza actualmente en la romería de la discoteca Txirrarro en Itziar. Tradicionalmente este fin de temporada del ciclismo vasco es una fiesta. La Subida al Txitxarro era, desde Deba para arriba.

Hasta que algún listo (posiblemente Marino Lejarreta o Sabino Angoitia) decidieron hacerlo a la inversa, de arriba para abajo y contra el crono. El Giro da ideas hasta para eso. Paradójicamente, la Subida al Txitxarro es una bajada del Txitxarro. (Nota al lector: el Txitxarro es una discoteca situada en el alto de Itziar y lugar de encuentro nocturno de una generación de ciclistas como Marino o Fede Etxabe y que ha quedado como un lugar simbólico, sí aunque se trate de una disco, de los ciclistas vascos de los alrededores. Después de la prueba-romería se cena allí y luego hay baile. Iban Mayo no falta nunca, como tampoco faltaba Indurain).

Hecha esta digresión, como veníamos diciendo, en 1987 fue un Giro con un poco más de montaña y contempló la primera gran victoria del irlandés Stephen Roche en su tríptico histórico Giro, Tour y Mundial.

Y así llegamos a 1988. El lector podrá advertir que todo esto no ha sido más que el prefacio a lo que verdaderamente queremos contar aquí: el Passo di Gavia. Y así es. Lo que ocurre que uno empieza periodizando un poco y una cosa lleva a la otra hasta que no es posible parar. Esto es lo que tiene el ciclismo. Por mucho que decidamos cuáles son los momentos épicos par excellence, siempre hay otros momentos que no deben de ser olvidados. Todo el ciclismo "es". Un aficionado verdadero no distingue entre la época Indurain, momento álgido de la popularidad del ciclismo en nuestro país, de otros momentos de 'vacas flacas' o incluso de carreras menores. Pero todo esto tiende a aburrir así que a lo nuestro.



Andrew Hampsten, vistiendo la maglia rosa durante el Giro de 1988. Foto: GRAHAM WATSON

Estamos en 1988 y se produce un escenario de ¿qué pasaría si...? No hay italianos en la contienda y parece que nuevos aires azotan la carrera. Eric Breukink, Andy 'rabbit' Hampsten y Urs Zimmerman parecen los candidatos a ganar ese Giro. "Coppino" Chioccioli vestía el rosa en una etapa que marcaría un antes y un después. El Giro volvía a ser mítico. Solamente una vez se había ascendido el Passo di Gavia (2621m), fue en 1960 y ya entonces el mal tiempo había sido el principal protagonista. A esto había que añadirle el mal estado de la carretera, con tramos sin asfaltar y el problema añadido de la altitud de la cumbre.

La víspera nevaba pero la organización decidió en un gesto de valentía mantener la etapa. El holandés Johan Van de Velde subía el puerto portando la maglia "chiclamino", la de color morado que destaca al ciclista más regular. A medida que subía el puerto la nieve se iba haciendo más densa. El asfalto era una mezcla de barro líquido con surcos blanquecinos. A un lado de la carretera el abismo, al otro paredes de nieve de dos metros de altura.

La cabeza de Van de Velde era una meseta donde se acumulaba la nieve. La imagen de un ciclista con un simple maillot morado y su cabeza completamente cubierta de nieve era algo que la todavía incipiente tecnología televisiva podía asumir. ¡Esto era como en los tiempos de Coppi y Bartali!

El holandés pasó primero por la cima con 5º bajo cero. Pero el descenso a Bormio fue todavía peor. Los ciclistas se paraban en cada curva, se ponían toda la ropa de abrigo, se les derramaba té caliente por brazos y piernas, los frenos se bloqueaban, el cerebro no respondía, el cuerpo se colapsaba. Era como hacer un slalon de sky embutido en un traje de lycra minúsculo y las piernas al aire.



Passo di Gavia, Giro 1988.

Es duro tener que reconocer que el Giro se redimía a cambio del sufrimiento ajeno pero las cosas son así de crueles. Ganaba Breunink con 7º sobre Hampsten, nuevo líder y vencedor final de esa edición. ¡Van de Velde perdía 46' en tan sólo 25 km de descenso!

El Gavia se ha vuelto a subir en otras dos ediciones, si bien recuerdo, en 1996 y en el 2001. Este año se vuelve a ascender, será en la etapa del 28 de mayo.

El espectáculo está servido. Desde esa edición la presencias de grandes cumbres ha sido una constante en la 'corsa rosa'. La geografía italiana posee una cantidad de puertos de dureza que sin duda la colocan como el país puntero en cumbres míticas. Gavia, Mortirolo, Marmolada, Tres Cimas de Lavaredo (espectacular puerto protegido por los ecologistas), Stelvio...

Gocemos pues del Giro con sus grandes cumbres, escenario de las mayores batallas ciclistas de todos los tiempos.